

SOBRE LA VIOLENCIA
(O DE LA DESTRUCCIÓN DE LA BELLEZA DEL MUNDO)

ROSA CASTELLÀ BERINI Y LLUÍS FARRÉ GRAU

En este trabajo se aborda el fenómeno de la violencia apoyándose en los desarrollos sobre la actividad de la identificación proyectiva que recorren el pensamiento de Melanie Klein y Wilfred Bion y alcanzan el de Donald Meltzer. La violencia es concebida como un ataque y destrucción de la belleza que busca arruinar la experiencia emocional, reduciendo la complejidad de las relaciones con el mundo animado e inanimado a pedazos vacíos de sentido.

Desde un acercamiento a las formas de violencia que pueden devastar el lugar donde se verifica el proceso psicoanalítico —sean promovidas desde el paciente o desde el analista— se hace una breve incursión a sus manifestaciones en los medios de comunicación social, la sexualidad, y en su organización y desarrollo a nivel institucional.

Desde la visión que ofrece el ventanal del consultorio, nos anima compartir algunas reflexiones acerca de la violencia. El final de un siglo atravesado por ella y los comienzos de otro con el hundimiento de esperanzas quizá poco fundamentadas, reclaman nuestra atención y preocupación.

Resulta familiar denominar violenta a la actividad fuera de control de las fuerzas de la naturaleza. Ese modo de describir es una costumbre tan vieja como inadecuada, fruto de la tendencia de los humanos a constituirse en la medida de todas las cosas y dar cuenta del mundo desde su centro, contrariando la urgencia a la modestia (Epicteto, *Manual de vida*). Aceptemos, sólo por un momento, ese hábito que hace de las manifestaciones de la naturaleza eco de lo que caracteriza a nuestra especie. El lenguaje hermana la descripción de lo que se comparte: destrucción, catástrofe, aniquilación, devastación; y de su carácter, explosivo, volcánico, sin freno, imparable, descontrolado... Sugiere, en suma, el movimiento centrífugo de fuerzas que no pueden ser acogidas por una estructura continente capaz de regularlas y administrar su potencial. El modelo bioniano de un continente agrietado por la onda expansiva de su contenido constituye una adecuada representación de la equivalencia que a menudo establecemos entre catástrofes naturales y algunas formas de destrucción en el territorio humano.

A pesar de la familiaridad y la frecuente confusión entre unas y otras formas de violencia, el espacio humano se extiende a horcajadas entre naturaleza y cultura, entre fenómenos ligados tanto la lógica de los principios físico-químicos y al azar como a formas artificiales, es decir, a configuraciones que no hallan su correspondencia en el mundo natural. Es así que la violencia adopta en ese territorio unas características que participan, y a la vez se diferencian, de las aguas desbordadas, la explosión volcánica, la grieta resultante del choque entre placas o el avance devastador del tsunami... En el humano, la violencia guía afanes de reducir la complejidad a pedazos, convertirla en partículas elementales sin sustancia. En ella se concreta la voluntad de aniquilar la emoción y destruir la cualidad estética de los objetos animados e inanimados y su misterio (Meltzer, D., 1986b).

En tanto que fenómeno diferencial, la violencia en el humano exige para el logro de sus objetivos el potencial energético que alimenta la devastación en el medio natural, y puede acogerse, cuando le conviene, a sistemas alternativos. La inteligencia y la capacidad inventiva del hombre han posibilitado el desarrollo de tecnologías que multiplican extraordinariamente su fuerza bruta original. Las armas de destrucción masiva, los ingenios nucleares, le acercan, como renovado Ícaro, a parangonarse a la actividad solar. No obstante, hasta aquí, no alcanzaríamos a ver nada más que la reproducción en un animal bípedo de lo que caracteriza, nos plazca o no, a la dinámica construcción-destrucción de la naturaleza.

En el humano hay algo más como rasgo distintivo de su violencia, una característica de identificación relativamente reciente en animales de evolución superior, como es el caso de los delfines: la violación. Cuando nos referimos a violación, por lo menos en la comunidad humana, queremos hacer mención a la intrusión en el espacio privado, físico o mental, por cualquier vía de acceso, con el concurso del secretismo, el engaño, la malicia, el control doctrinario o el sometimiento; no queda, por lo tanto, restringida a la actividad de la violencia sobre la superficie corporal o cualquiera de sus orificios, especialmente aquellos relacionados con el comportamiento sexual. Esta es la característica fundamental que hace de la violencia en el hombre una particularidad que reclama especial consideración, tanto en lo que se refiere a su “naturaleza” como a la búsqueda de procedimientos y técnicas para enfrentarla. Es sobre esta característica particular sobre la que queremos reflexionar, es decir, la violencia ejercida sobre la mente y lo que la guía...¹ De la violencia sobre los cuerpos sabemos bastantes cosas; miles de imágenes desde los medios de comunicación hacen el trabajo de embrutecer nuestros sentidos con la finalidad sofocar el horror.

¹ Antonio Murillo sugiere denominar “caliente” a la primera configuración de la violencia —la que asimilamos a “natural—, y “fría” a la segunda

Reflexionemos desde lo que podemos observar en el consultorio, en el seno de esta relación que quiere ser terapéutica. Pero también desde este ventanal queremos pensar en lo que se da más allá, en el territorio social, y que define las características de la vida cotidiana en el planeta humano.

GENERALIDADES

I. Sobre la “naturaleza” de la violencia

Pensamos la violencia natural, como se dijo antes, como la resultante de fuerzas en interacción en momentos de especial desequilibrio, con consecuencias destructoras para el medio específicamente humano, individual y/o colectivo, y ocasionalmente para el mundo de los objetos inanimados. La dimensión natural del hombre no le hace ajeno a este fenómeno, a pesar de su muy sofisticada evolución. El hombre ha intentado procedimientos de todo tipo orientados a evitar o conducir la brutalidad de la naturaleza, desde la canalización de las aguas para conducir la fuerza ciega de las riadas a atraer las pavorosas descargas eléctricas a áreas adecuadas o activar sistemas de alarma para huir a tiempo de la catástrofe... Y en el medio natural humano, ha construido el artificio de la cultura con el fin de poner coto a la barbarie y el caos. La cultura, desde esta perspectiva, no es más que la ley, escrita o no, que regula lo que es y no es posible con el fin de garantizar la supervivencia de la especie y la cohesión social de la que es altamente dependiente; busca formas para sujetar la violencia de los hombres y crea las condiciones para tratar la brutalidad reconduciendo su fuerza a configuraciones no catastróficas. Podríamos decir, muy esquemáticamente, que ha establecido dos procedimientos para lograrlo; uno de ellos opera con medios coercitivos o represivos, buscando la adaptación/adecuación a la norma consensuada (sistemas democráticos) o impuesta (sistemas autoritarios); el otro, procura un continente adecuado al trabajo sobre las fuerzas en actividad en la naturaleza humana en orden a conseguir formas más maduras, aptas para el mantenimiento, evolución de la vida y modulación del sufrimiento psicofísico, orientadas, en suma, al despliegue de todo el potencial creativo humano.

En cualquier nivel de atención a la salud comunitaria, la característica del trabajo social se define por el intento de reforzar y crear espacios adecuadamente continentales al funcionamiento natural, y desde esta perspectiva primitivo —primigenio, propio de la naturaleza—, que nos caracteriza; así pues, hay que buscar formas continentales para las familias “desestructuradas”, para los adolescentes que explotan violentamente —

desbordados por impulsos que no controlan y miedos que no pueden dominar—, para los estratos sociales más desfavorecidos donde la violencia halla el terreno más abonado... Cuando todo ello fracasa interviene otro modelo, el del recurso a los muros, las paredes que intentan aislar la violencia, las camisas de fuerza social; en última instancia incluso, la violencia institucional extrema socialmente admitida, la pena de muerte, a modo de cortafuegos...

Ambos procedimientos constituyen formas que pugnan por contener la violencia entendida como fenómeno “natural”. Entender la violencia en el orden humano como un componente exclusivo de la naturaleza es lo que ha sostenido, desde siempre, el convencimiento de que hay seres humanos cuya “naturaleza” es tan básicamente mala, de índole violenta, como es propio de los volcanes las erupciones magmáticas. Desde Lombroso hasta los estudios sobre individuos con organización cromosómica XXY, se ha venido sosteniendo el componente fundacional, “natural” y primigenio, de la violencia —justificado incluso como subproducto de la existencia del instinto de muerte—, y se han elaborado estrategias para hacerle frente como las que anteriormente se mencionaron. Casi todas las formas de tratamiento psicoterapéutico se orientan desde un supuesto similar, a pesar de que frente a la indiscutible fuerza de las pulsiones, tan ciega como las fuerzas telúricas de la naturaleza, también se aprecia como fundamental el papel conformador de la cultura a través del proceso de crianza y sus peripecias. Es así que la tarea de construir un continente adecuado define el objetivo terapéutico prioritario; constituye la alternativa a los procedimientos primarios coactivo-represivos. No obstante, a pesar de que sean éstos “los objetivos”, se hace necesario un trabajo de observaciones y análisis más fino para poder desvelar la vocación “normalizadora” de un importante repertorio de tratamientos, también de los denominados psicoterapéuticos; sólo considerar este aspecto ya requiere otro documento en extenso...

II. Sobre sus fuentes

En cualquier caso, como antes planteamos, hay que considerar en el humano una fuente de violencia que va más allá de las manifestaciones derivadas de la raíz físico-química que nos constituye, a pesar de que le sea preciso alimentarse de ella. Es de esta fuente de la que queremos hablar. Las otras son sobradamente conocidas a través de las contribuciones de la historia, la economía, la jerarquía y la explotación ejercida por unos hombres sobre la mayoría...

Nos apoyaremos fundamentalmente en las contribuciones de Melanie Klein (1946), Wilfred Bion (1962, 1963) y Donald Meltzer (1986a, 1986b, 1988, 1992). La descripción de la identificación proyectiva como un proceso mental realizada por Klein (1946), el estatuto de la realidad psíquica y los agregados posteriores de Bion (1963) relativos al modelo continente-contenido en la relación inaugural madre-bebé, permiten a Meltzer ubicar el conflicto estético en el centro del desarrollo psíquico. La peripecia de su resolución conduce a la dependencia del objeto parental combinado interno y a la posibilidad de la maravilla frente a la belleza del mundo y a su goce —y, también, la aceptación de su misterio—, o, alternativamente, a la violación del interior del objeto interno mediante la identificación intrusiva con la finalidad de poseerlo y manipularlo, y a las consecuencias de la vida en el Claustum (Meltzer, 1992). Resulta bastante extraño que el recorrido vital oscile entre blancos y negros: la identificación proyectiva puede adoptar por momentos formas más benignas, incluso muy comunicativas, y derivar en otros hacia la intrusividad. Será la intensidad y la preponderancia de unas formas sobre las otras lo que definirá las características del desarrollo.

No vamos a tratar los contenidos conceptuales del conflicto estético (Meltzer y Harris, 1988) y de la vida en el Claustum. Trataremos, fundamentalmente, las consecuencias de este tipo de violencia cuyo objetivo es el de aniquilar la emoción que emerge a causa del impacto de la belleza del mundo y su misterio. Recordemos no obstante, con el fin de reforzar el hilo de nuestras reflexiones, que Meltzer conceptualiza la experiencia emocional como un encuentro con la belleza y misterio del mundo que genera un conflicto entre L, H i K, y -L, -H y -K (¿Qué es una experiencia emocional?, en *Metapsicología ampliada*, 1986b). O lo que viene a ser lo mismo, un encuentro con posibilidades de generar sentido relativo a las relaciones íntimas o de destruir su significado reduciendo la condición humana a pura extensión de los fenómenos naturales. Meltzer concreta la capacidad de tolerar la belleza del mundo y de su goce y, también, la intolerancia, la cual, armada con el *splitting* forzado (Bion, 1962), busca destruir el objeto que conmueve separando los componentes que entran en juego en el desarrollo de sus funciones. A pesar de que Bion se refiere a tal procedimiento como un modelo para poder sobrevivir (la escisión del pecho de la madre de la leche que suministra) también lo podemos pensar como un procedimiento-sicario al servicio de la intolerancia de la belleza; más adelante retomaremos este punto al considerar los procedimientos de exterminio durante el periodo nacionalsocialista en Alemania.

Para lograr el regresivo retorno a la condición natural, se reclama la destrucción del objeto bello y su descripción siempre inagotable. La degradación del gusto, la vulgarización de las

formas de relación, la agresión a cualquier articulación de significado, la reducción de la persona a fragmentos sólo aptos para la emisión o recepción de quantum de excitación, la substitución de la reflexión por la consigna, de la experiencia por la suposición, del aprendizaje desde la experiencia por el adoctrinamiento, de la comunicación por el dominio, entre otras, serán las formas del reinado consagrado por la violencia...

Como antes decíamos, la mirada al interior de la consulta y también nuestra entrenada observación orientada a la vida cotidiana en tanto ciudadanos del planeta azul, permitirá destacar trazos relevantes de la actividad violenta y quizá, elementos de reflexión sobre los recursos para hacerle frente.

LA VIOLENCIA EN LA CONSULTA. AMENAZA Y DESTRUCCIÓN DEL SETTING

Las características del espacio en el que se desarrolla el proceso analítico exige una reflexión previa. Desde los días de Freud hasta hoy pasamos de entenderlo como lugar donde se hace posible la revelación de lo inconsciente —y por lo tanto, del conflicto psíquico entre instancias—, a vivirlo como continente donde puede desplegarse la personalidad y se promueve su desarrollo; por lo menos, ésta es la convicción que articula el edificio teórico-clínico del movimiento postkleiniano.

El *setting* psicoanalítico se transforma entonces en una atmósfera de crianza, y de su integridad dependerá la viabilidad de lo que allí se va gestando. Desde Klein a esta parte hablamos de llevar el paciente a la transferencia, con el fin de que allí se haga presente una criatura a la que poder ayudar a crecer y desarrollarse en todas sus potencialidades. En *El proceso psicoanalítico*, Donald Meltzer se pronuncia inequívocamente sobre este particular, afirmándose en las figuras prototípicas del vínculo del bebé con la madre hasta el destete para describir lo que da en denominar “recorrido natural del proceso psicoanalítico”; sin vacilaciones se afirma en la gestación de la mente, desde los niveles más primitivos de organización hasta las formas más adultas, de tal modo que el final del tratamiento coincidiría con la separación definitiva del pecho y con la recién estrenada capacidad para continuar la alimentación autónoma de la mente a través del autoanálisis.

Desde esta formulación, se entiende que es función primordial de la díada terapeuta-paciente —como acontece en la de la madre-bebé— la preservación de la atmósfera ante todo tipo de amenazas, interferencias, contaminaciones y posibilidades de destrucción. Más importante que cualquier exquisito trabajo fruto del arte, habilidades, inteligencia o experiencia y sofisticación de los protagonistas, más importante que todo esto, es la preservación de las condiciones que hacen posible la gestación de una mente simplemente humana. Cuando el

setting no se puede garantizar no hay criatura, y es frecuente el aborto; un final dramático que podremos evaluar, casi siempre, desde la huella que queda en aquellos que han intentado, sin éxito, llevar adelante el embarazo.

Cuidar este espacio se identifica con la preservación necesaria al desarrollo de los vínculos apasionados en los que se renueva el milagro de la creatividad. Es la reserva y defensa de la intimidad necesaria a la madre y a su bebé en el pecho, indispensable al abrazo de los amantes, herramienta del artista mientras trabaja, concentración del científico a la búsqueda de una formulación, mantenimiento del vaivén transferencia-contratransferencia en la consulta...

El aborto del proceso no es infrecuente, a pesar de que apenas, como también sucede en los abortos biológicos, se suele hablar de ello. Produce satisfacción hablar de los hijos vivos, de los que progresaron y ya dejaron el hogar, de los que nos recuerdan con gratitud, y de los que nos sentimos orgullosos porque también apuntalan nuestro orgullo. No es agradable hablar de los que perdimos, y a menudo nos sentimos mal cuando nos preguntamos si fuimos buenos padres —es decir, buenos terapeutas—, no es agradable hablar de aquellos que nos dejaron heridas, de los que acabaron mal, de los que más tarde supimos de recorridos desafortunados y terribles.

Por esta razón, experimentamos la necesidad de repensar los factores desencadenantes de los abortos, y no tanto de aquellos que son fruto de la impericia, de los que ya se ha hablado bastante². Hay que repensar la violencia que hace estallar el *setting*, el mal que arruina la atmósfera del proceso analítico; hay que seguir la huella, como lo hacen los observadores cuando llegan a la ciudad dejada en ruinas por el invasor. Hay que ir a la zaga de la destructividad dirigida a la relación madre-bebé, el impulso a malograr el acto creador, esa mezcolanza de celos y envidia, como apuntaba Klein, y de no tolerabilidad del conflicto estético como apoya decididamente Meltzer, que no se detiene hasta dejar completamente yermo el espacio de la fertilidad.

Posiblemente podamos ver a través de la clínica diversas formas de manifestación que recuerdan las variantes observables en la vida social, aquellas que se despliegan desde la brutalidad desatada sin máscaras al estilo de Rwanda a las formas del racionalismo industrial de los procedimientos de exterminio en los campos nazis. Incluso, también aquellas en las

² Este modelo también podríamos aplicarlo al análisis de aquellos que Antonio Murillo, siguiendo la tradición de las notaciones bionianas —véase *Memorias del Futuro*—, denomina “prematuros”, es decir, aquellos que pueden necesitar continentes accesorios temporales o permanentes más allá del proceso realizado.

que la sofisticación que la cultura procura hacen de la maldad, a la manera de decir de alguien, un arte. Tal como lo vemos, es relativamente fácil identificar las formas de degradación que sufre la intervención del psicoterapeuta cuando el consultante, frente a la cualidad estética de la actividad mental del analista y la incomprendibilidad de la producción de sus contenidos, la arruina con todas las formas de ridiculización, menosprecio, argumentatividad y actuaciones de todo tipo; y también, con la caricatura, la simplificación o manipulación de los contenidos y la omnipotencia otorgada a la aprehensión de las descripciones, el objetivo de la cual no es otro que la destrucción de sentido: “Lo que Vd. dijo fue...”, etc..

Pero también es necesario ver las cosas desde el otro lado... No es menos cierto que la ausencia de reciprocidad estética por parte del terapeuta a causa de la posición de superioridad que le confiere ser la persona consultada, la ocupación del lugar de un supuesto saber, o la adhesión incondicional a un cuerpo de doctrina, puede llevar a formas definitivamente violentas de intervención caracterizadas por la ausencia de escucha del paciente, produciendo idéntica degradación en la cualidad estética y misteriosa de su realidad psíquica. De todo ello no se habla tan a menudo, dado que desde la ortodoxia psicoterapéutica sólo se considera al paciente como agente a transformar, y al terapeuta como el elemento constante en la ecuación del trabajo analítico. Es eso lo que orienta a la construcción de manuales de técnica, a poder establecer criterios de analizabilidad, formular modos de intervención y definición de la interpretación en psicoterapia, etc.. Detrás de todas estas construcciones hallamos a menudo, más allá de la buena voluntad de sus autores, una férrea defensa frente a la emocionalidad del encuentro psicoanalítico, un miedo mal contenido frente a la propia ignorancia, una incapacidad para esperar pacientemente el trabajo imaginativo sobre el material, un desprecio arrogante a la belleza y misterio de la mente del paciente —considerada a priori infantil, bárbara, impotente— y, entre otras, una injustificada valoración de la teoría a la que uno se vincula y a la infalibilidad de su técnica. Cuando esta técnica hace aguas lo que se interpreta es que el paciente está muy enfermo, es irrecuperable.

Si esto es lo que sucede puede instalarse un vínculo sdomasquista substituyendo la genuina relación de objeto en la relación terapéutica. El paciente puede acomodarse pasivamente a un modelo de intervenciones y convertirse en acólito sometido de un nuevo fundamentalismo: el tratamiento deja de ser motor de evolución para ambos protagonistas del proceso para devenir adoctrinamiento; opcionalmente puede convertirse en el noviciado de acceso a la iglesia psicoanalítica.

LA VIOLENCIA EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN DE MASAS

El desarrollo de la tecnología ha permitido, como antes ningún otro medio, la violencia contra el saber mediante su simplificación a información. Información es, ahora, conocimiento, poder. La manipulación perversa del “vale más una imagen que mil palabras”, ha reducido la palabra a nada, y ahora son miles de imágenes las que tratan de afirmarse como verdad, como “lo que hay”. Las imágenes se configuran desde una posición específica de la cámara, y del ojo que quiere capturarlas, un ojo que no es neutro, obviamente; pero esta imagen es, ahora, el nuevo icono de la verdad que no puede ser refutada.

Hablamos de adolescentes violentos, y también de adultos, fruto de horas de pasividad ante cualquier tipo de pantalla... Pero, ¿no es acaso a menudo en sí misma la pantalla, con su seducción hipnótica que fuerza la urgencia de mirar y la inmovilidad del que mira, un instrumento de violencia contra la mente del observador, empujándole al adoctrinamiento a través de reducir su capacidad de pensar?

A su vez, la efectividad del eslogan y la frase corta frente al texto conducen a la vulgaridad y vaciamiento de contenido de la palabra y el discurso. Desde esta perspectiva la palabra pierde valor como instrumento de comunicación y lo gana como herramienta de penetración y manipulación... No es banal que el sentido otorgado en el pasado a “dar la palabra” haya perdido hoy su razón de ser. Es así también que la palabra en el ámbito de lo público, especialmente en el político y en el Derecho, haya perdido el rigor y la credibilidad indispensables para la vida democrática y la confianza en la Justicia. Un periodismo bastardo erigido en nuevo poder, no se mueve hoy por el afán de facilitar información rigurosa, sino con la voluntad de construir espectáculo hurgando en lo privado y reduciéndolo a pura banalidad, obscenidad y crueldad para el consumo de masas afamadas de saber, de igual modo a como los emperadores romanos lo diseñaron para anestesiar la sed de justicia y conocimiento de sus, más que ciudadanos, vasallos del Imperio. El Imperio de hoy, con todos sus acólitos, también muchos intelectuales, ocupados en la producción y distribución de información, planifica y administra la mentira con voluntad de adormecer la capacidad de pensar, fomentar el descrédito de la palabra y promover el abandono de la reflexión y la confianza en las potencialidades del diálogo; una cabeza adecuadamente

violentada asegura la fidelidad al Imperio y su objetivo último en relación a la comunidad: que devenga masa bien dispuesta a recibir órdenes, porque el Imperio, como ahora también el de los *Mas media*, es el depositario homologado del saber.

LA VIOLENCIA EN LAS RELACIONES PRIVADAS O LA DEGRADACIÓN DE LA SEXUALIDAD

Invasada la privacidad, exhibido el cuerpo y la sexualidad como meros instrumentos al servicio de la producción y consumo de estímulos excitantes con urgencia de descarga, el espacio de las relaciones apasionadas, fruto de confrontar la belleza del hombre y de la mujer y del misterio de lo que ha sido capaz de producirla, y de la incomprendibilidad de su interior, puede verse reducido a pedazos sin sentido.

Si en su momento “hacer el amor” era un referente de la sexualidad que incluía la presencia de sentimientos entre los participantes, es decir, la relación amorosa, hoy constituye un arcaísmo frente a la nueva descripción: “hacer sexo”. La sexualidad también ha sufrido la violencia degradatoria, convirtiéndose en un mero hacer, actividad casi gimnástica en la que los aspectos cuantitativos de la relación desplazan la cualidad emocional de los vínculos. No obstante, esta neosexualidad ha sido recibida con especial satisfacción, como una especie de liberación para hombres y mujeres, de eliminación de todo obstáculo a las relaciones, un canto a la facilidad de comunicación, etc.. El acceso ilimitado a cualquier dimensión física de relación constituye el nuevo paradigma de la intimidad, el “Gran Hermano” televisivo la caricatura de la nueva religión sexual.

Hombres y mujeres pierden todo halo de misterio cuando la cámara o los ojos del otro pueden traspasar el dintel de la ropa o de los orificios corporales. Hace falta entonces, una vez agotadas las capacidades estimuladoras del espectáculo repetido, buscar nuevas formas, técnicas o estímulos que mantengan el interés. Cuando haga falta será reclamada la intervención de estimulantes externos de todo tipo, físicos o químicos, con el fin de conseguir la “performance” neumática de la que alertaba Aldous Huxley en su *Mundo feliz*.

Mundo feliz, torpe mundo cautivo de la violencia, que arrebató la experiencia diferencial característica del insólito acontecimiento humano: la capacidad de maravilla preñada de emoción ante la belleza y misterio de la vida, ante la sorprendente y turbadora presencia, ante el *Objectum* de los latinos, el Otro insondable y permanente de nuestras vidas, fuera y dentro de nosotros. En su lugar el reino de la confusión, la burda caída en la posesividad, en la producción de sufrimiento de los excluidos de toda pertenencia, en la denigración del “usar y tirar”...

LA VIOLENCIA INSTITUCIONALIZADA I. RECORDANDO EL 50 ANIVERSARIO DE LA LIBERACIÓN DE AUSCHSVITZ

El siglo XX, desde los campos de concentración del III Reich, hasta el Gulag estaliniano y el horror de Pool Pot o el genocidio en Rwanda, es el ejemplo más siniestro de la industrialización de la violencia, es decir, el uso de procedimientos industriales desarrollados por el taylorismo al servicio de la eficiencia de la praxis violenta.

De igual modo que los procedimientos pensados por Taylor y aplicados con eficiencia excepcional por Ford en las primeras cadenas de producción, así mismo los siniestros ingenieros nazis hicieron un adecuado diseño para el ejercicio más eficaz y exterminador de la violencia aplicada. Taylor consiguió reducir la belleza y el sentido del trabajo artesanal a alícuotas de tarea sin sentido, de tal manera que no fuera preciso ningún tipo de conocimiento para llevarla a cabo. No vamos a extendernos en hablar de lo que todo el mundo conoce y que tan satíricamente representó Chaplin en *Tiempos modernos*.

De igual modo que se destruye el sentido del trabajo, de la obra bien hecha, fragmentándola en pedazos carentes de sentido, así también se puede hacer con la belleza y complejidad que el hecho humano refunde. A la maquinaria nazi le es indispensable, primero, reducir el individuo a una sola definición: judío, comunista, gitano o subnormal... La simplicidad es la garantía para seguir con el proceso descomplejizador. A continuación, cuando llega al campo de exterminio, hay que separarlo de sus referentes, de los familiares, amigos, etc.. Después hay que arrebatárle el nombre y, en su lugar, adjudicarle un número; el nombre religa a la historia y a la complejidad de una evolución que se pierde en el tiempo, un número no es nada más que un punto en el *continuum* ilimitado de los números por lo que, en consecuencia, queda uniformizado y equiparado a cualquier otro número: su posición es, sencillamente, una irrelevancia dentro de la serie infinita de números.

Este número, tatuado en un brazo, hace del portador una insignificancia dentro de un *continuum* ahistórico. Después, hay que desvestir al individuo de cualquier señal externa identificadora, de cualquier objeto del que sea portador, incluso de la ropa que revela siempre un rasgo diferenciador, individual, estético... En su lugar será uniformado, en el caso de que su eliminación no sea inmediata: el *continuum* indiferenciado ya ha quedado establecido. A partir de aquí ya no es nada más que aquello que, como recordaba recientemente Simone Veil en una entrevista, los captores decidieron denominar “pedazo de carne”... Y con un pedazo de carne se puede hacer cualquier cosa, incluso humo y cenizas sin ningún tipo de escrúpulo.

LA VIOLENCIA INSTITUCIONALIZADA II. SOBRE EL DESARROLLO DE LA PRÁCTICA PSICOANALÍTICA.

I. De las iglesias en general

La reflexión de Marx a propósito de los orígenes de la desigualdad entre los hombres lleva a la consideración de los procedimientos empleados para organizar de forma eficiente la práctica de la violencia. El mantenimiento de las diferencias a través del ejercicio del poder de unos hombres sobre los otros sólo se puede garantizar con sistemas estables que aseguren la corrección de cualquier desviación en relación a lo instituido. Marx enfatiza el papel de las instituciones religiosas en tanto que instrumentos especialmente eficientes cuando postula que la religión es el opio del pueblo. A pesar de ello, resultaría ingenuo pensar que quiere referirse a la experiencia religiosa en tanto que fenómeno de la mente humana. En realidad quiere describir los sistemas que se organizan con la finalidad de aturdir o adormecer la capacidad de experimentar y pensar, a saber, los principios y sistemas, los dogmas, las verdades incuestionables de los textos sagrados y, finalmente, las iglesias y sus sacerdotes-guardines, brazos ejecutores de la violencia sobre cuerpos y mentes.

Naturalmente, la burda usurpación de la capacidad de experimentar y pensar exige tanto de la fuerza como de ofrecer la zanahoria. Los funcionamientos militar-inquisitoriales se hacen cargo de la coacción sobre la materia, y la promesa de eludir los dolores de la vida y el inquietante tránsito del vivir al morir seducen al espíritu al garantizarle el bienestar absoluto, el placer y la justicia demorada, en un mundo que no es de este mundo. Todos aquellos que piensan, con vocación de libertad, en el afán de modificar el sistema, no sólo serán condenados en el más allá sino que serán objeto de violencia en el aquí y ahora, desde la marginación y el exilio hasta la muerte.

Ciertamente, otras experiencias basadas en el amor, la compasión, la capacidad empática, que conducen a la solidaridad y a la reciprocidad, que buscan establecer el derecho en las relaciones entre los hombres y, en última instancia, la evolución del sentido de la responsabilidad sobre los objetos animados e inanimados, ha ido enraizándose en la estirpe humana a través de miles de años de evolución en paralelo de los sistemas con pretensión monopolizadora de la justicia. El Estado, cuando se pervierte la función que lo justifica, con su maquinaria, los profesionales de la política y sus ayudantes, el Leviatán hobbesiano en suma, se orienta al control físico y mental de los ciudadanos; a cambio, la zanahoria de garantizar la seguridad frente a la incuestionable tendencia a la barbarie de la naturaleza humana. El maridaje entre poder político y organización eclesiástica, en cualesquiera de sus

formas, ha constituido hasta ahora mismo, el sistema más eficiente de control de una minoría del espécimen humano sobre la mayor parte de objetos animados e inanimados del planeta. Este matrimonio sólo puede sobrevivir afirmándose en la propiedad y control de las diversas fuentes de energía.

No deseamos seguir la reflexión marxista —que otros más expertos hacen más precisa— pero sí queremos recordar que la de Bion (1961) la refuerza y complementa al conceptualizar, muy agudamente, la tendencia de todos los grupos a querer perpetuarse a través de reproducir el esquema considerado, es decir, generando organizaciones funcionariales-sacerdotales con vocación de crear iglesias —a menudo camufladas bajo el rótulo de tendencias—, producir adoctrinamiento y garantizar el control sobre los acólitos. Todo grupo, en la búsqueda de sus particulares modos de ejercitar y administrar la violencia, de igual modo que cuando las organizaciones político-religiosas practican la tortura —sobre los cuerpos produciendo dolor insoportable, sobre las mentes sufrimiento psíquico generando sentimientos de culpa, de exclusión, pérdida de autoestima, autodenigración y desesperanza—, fomenta el atemorizar y el aterrorismar (Emilio Lledó, ‘Aterrorismar’, *El País*, 6 septiembre 2005) y busca asegurarse en las coordenadas témporo-espaciales.

II. De las “iglesias” psicoanalíticas

La capacidad psicoanalítica de la mente también ha sido a menudo arrebatada y monopolizada por iglesias psicoanalíticas. Nos parece adecuado, ahora y aquí, repensar cómo lo han conseguido, cómo han logrado hacerse con un bien tan íntimo y privado... y cómo pueden seguir haciéndolo. Queremos pensarlo para luchar contra la propia tentación eclesial y la parafernalia litúrgica al servicio de la expansión del narcisismo... o por lo menos para no bajara la guardia. Y también, por qué no, a la manera de homenaje a Donald Meltzer, maestro con vocación de hacer hombres y mujeres libres más que de asegurar una nueva iglesia y la veneración de los acólitos y hombre que sufrió el ostracismo decretado por los garantes de la doctrina de la fe psicoanalítica.

Cuando el proceso psicoanalítico constituido entre terapeuta y paciente se va decantando, poco a poco, a la organización de sociedades y escuelas —con profesores (no maestros) y alumnos, asociados y aspirantes, *séniors* y *juniors*, novicios y consagrados, aceptados y repudiados, integrados y rebeldes— se produce un ataque salvaje a la belleza y complejidad de la experiencia de conocimiento que se puede dar en la pareja terapeuta-paciente por una parte y, por la otra, entre un maestro genuino y el hombre libre que busca luz. Y esto es así en tanto que todas las instituciones tienen como vocación fundamental la permanencia; es

suficientemente conocido el tópico de que los hombres pasan mientras las instituciones permanecen. La institución no tiene pretensiones experienciales, es decir, aquello ligado al ciclo transformacional, al nacer y el morir para renacer de otro modo. Es así que repudia toda experiencia porque lo que desea es permanencia, preservación de la forma. A lo sumo, hipócritamente a menudo, hace suya la formulación lampedussiana: cambiarlo todo para que nada cambie.

¿Cómo puede, sin embargo, sobrevivir con tal pretensión y a la vez predicar el cambio, prometer el desarrollo, el libre albedrío, la liberación del encapsulamiento y miseria neurótica, la expansión indefinida de la mente, la necesidad de garantizar caminos abiertos y el tránsito sin obstáculos, la multiplicidad de las maneras de vivir y entender la vida? Puede conseguirlo delimitando —a veces sin grandes escrúpulos y a veces bajo el paraguas protector de la pretensión de científicidad y del rigor y exigencia de garantías en el ejercicio profesional— los límites y condiciones dentro de las que el cambio es posible. En nuestro caso hay que hacer entrar al inconsciente en razón, dado que es la causa de nuestros quebraderos de cabeza y perturbaciones. Los procesos inconscientes dejan de ser la sede donde se organiza la vida, con sus luces y tinieblas, el ámbito al que remitirse porque en él yace el potencial de transformación genuina y la capacidad para conseguirla. La alternativa es, entonces, el simulacro de cortejo con lo que es metapsicológico, con lo que se halla más allá de toda posibilidad de aprehensión, sólo apto para ser experimentado. El simulacro busca una liturgia y ceremoniales que se otorgan el derecho de ser experiencia genuina, de manera similar al proceso que afirma la transubstanciación.

Nuestra particular iglesia también ha organizado sus ceremoniales. Necesitaba, en primer lugar, acreditarse. Ha definido el supuesto —como lo hacen todos los grupos—, de que sus miembros son buenos representantes de la salud mental, son personas saludables que tienen una relación más directa con la salud, y que han seguido un camino iniciático que lo garantiza... A partir de este supuesto pueden definir, desde una justa asimetría, el estado saludable o enfermo de otros, y lo que se requiere para mejorarlo. Un contacto riguroso con los miembros de tales organizaciones no permite asegurar lo que se viene pregonando, como tampoco el ejercicio del sacerdocio constituye garantía de santidad ni amor genuino hacia el prójimo. El análisis biográfico no hagiográfico de algunos de sus líderes más destacados revela un nivel de insanía preocupante.

No obstante, sobre este supuesto —tan característico de los funcionamientos grupales—, se ha construido un magnífico edificio de sociedades, docentes acreditados, sistemas de garantía para la pertenencia, procedimientos de la didáctica y la supervisión de la tarea,

fundamentado sobre otro supuesto: garantizar la profesionalidad y la buena praxis. A menudo, no son más que sistemas de control y de poder en defensa del propósito existencial de las organizaciones.

Ocasionalmente, son tan sorprendentes y fuera de medida que desde las propias organizaciones se oyen tímidas voces denunciando el fraude y con propuestas de cambio. Los trabajos tan poco sospechosos de heterodoxia de Otto Kernberg (1996, 2000), prohombre de una de las grandes organizaciones psicoanalíticas, son bastante esclarecedores. A pesar del tono “progresista” de sus contribuciones, no formula otra cosa que ablandar un tanto los rasgos dictatoriales del sistema. En ningún caso, sin embargo, cuestiona el propio sistema, es decir, la inescapable caída en sistemas de control y poder cuando el objetivo del grupo es permanecer más que fomentar la transformación —grupo de trabajo de Bion (1961)—. Es esto lo que guía a la constitución de un subsistema de guardianes de la fe, porque hay que estar al tanto de los disidentes, de la posibilidad de cortejo con otras iglesias, no se de el caso de que se produzcan fugas, reconversiones, debilitamiento de unas parroquias en favor de otras, de unos dioses en favor de otros, en definitiva, la subordinación o desplazamiento de unos autores y unas teorías.

Llegado el caso, como ha sucedido, se puede aplicar el *nihil obstat*, prohibiendo, censurando o desaconsejando lecturas, y hasta incluso hablar de otras contribuciones o tener relaciones con profesionales de “otras corrientes”. Constituye un cisma, un imposible existencial, pasar por un análisis o supervisar con miembros de otras iglesias. Como en las mejores tradiciones de los movimientos religiosos organizados, la rivalidad y la “guerra” si es necesario, son elementos nucleares de la defensa de la organización.

Pero esto también vale para cualquier otro ámbito considerado competencia eclesial. Profundizar en los avances de la física y las matemáticas, de las neurociencias, de cualquier ámbito del conocimiento, es contemplado con recelo, desaconsejado e incluso tachado de desviacionismo. Por supuesto la “palma” se la lleva la reflexión filosófica, y más especialmente, cuando desde ella se intentan poner a prueba los postulados psicoanalíticos con el fin de palpar su consistencia³.

³ No es necesario insistir en que estas consideraciones valen también para muchas instituciones que tradicionalmente se han orientado al trabajo en salud pública, y en especial la mental, con una lamentable historia de simplificación y atomización de la complejidad de las personas para tener así la capacidad de control y manipulación de los fragmentos (es urgente hacer más trabajos sobre esta cuestión, y mientras tanto recordar la *Historia de la locura en la época clásica* y la *Microfísica del poder*, de Foucault)

Cuando la asfixia de nuestras iglesias se hace insostenible, se producen escisiones o se constituyen grupos “alternativos”, a veces a la sombra de un genuino líder de un pensamiento nuevo; de alguien, en definitiva, que ha pasado por un proceso de transformación verdadero. Entonces se da un período de luna de miel, de experiencia de libertad en la que el camino ha quedado nuevamente abierto. Pronto, no obstante, se retoma el proceso que no tiene fin de todos los grupos. Surge el afán de reconocerse y ser reconocido por otros como discípulo de la nueva voz, y la necesidad de “organizarse” para difundirla. Nuevamente los misioneros, los que se consideran a sí mismos genuinos representantes de la voz, los que saben y han de comunicar la buena nueva a todos.

En fin, no es necesario reiterarse. Ya tenemos nueva iglesia, nuevos ministros de la fe, tan viejos y rancios como los anteriores, que copian “*ad nauseam*”, religiosamente —aquí es adecuada la expresión— los procedimientos, los ceremoniales, el rito, que antes fueron tan criticados... Sigue, imparable, el rodar de la violencia.

¿Hallaremos alguna vez una salida? Quizá sí, si entendemos que el viaje, el camino hacia el desarrollo de la mente, es como la pisada del peregrino, cada cual ha de hacer la suya. A lo sumo, de vez en cuando, encontrar a otros caminantes en la hostería para hablar e intercambiar experiencias del camino. O como en el mar, compartir planos, rutas y provisiones con aquellos a los que el azar hizo tirar el ancla una noche en la misma cala. Como defiende Sloterdijk (2002), “*intercambios de destellos entre cometas...*”

Este proceso, del que hemos seguido algunas de sus formas y escenarios, es el que recorre la fenomenología de la violencia: la fragmentación de la complejidad hasta el nivel de partículas sin sentido. Describe el ejercicio de la destrucción sistemática de la dimensión estética del mundo que se manifiesta en cada uno de los objetos que lo constituyen. Bion y Meltzer han intentado dotarle de un estatuto conceptual adecuado: si al inicio de la formación simbólica comparece un dolor mental insostenible que reclama canibalizar lo que ha empezado a formarse (Bion, 1962, cap XI), podemos considerar la violencia como el procedimiento ejecutivo de la destrucción. Entonces, la emocionalidad dispuesta a celebrar la percepción de la belleza del mundo tolerando su misterio (Meltzer, 1986b), cede el protagonismo a la evitación del dolor inherente a su inaprehensibilidad, un movimiento que viene liderado por la violencia dispuesta a hacerla añicos. Es por ello que siempre podemos hallarla en el trasfondo de todos los antivínculos: antiemoción, anticonocimiento y antivida, y es también por ello que constituye el núcleo de la santurronería, el filisteísmo, el

puritanismo y la hipocresía, reservorios particularmente especializados en su custodia y fuentes inagotables del fanatismo.

BIBLIOGRAFÍA

BION, W. (1961): *Experiencias en grupos*, Barcelona, Paidós, 1980.

— (1962): *Learning from Experience*, London, Heinemann

— (1963): *Elements of Psycho-analysis*, London, Heinemann

— (1979): *Memoir of the Future*. London, Karnac, 1991.

EPICTETO: *Manual*, Madrid, Gredos. Biblioteca Clásica, 207.

FOUCAULT, M. (1964): *Historia de la locura en la época clásica*, México, FCE, 1967.

— *Microfísica del poder*. La Piqueta, 1978.

KERNBERG, O. F.: Thirty methods to destroy the creativity of psychoanalytic candidates. *Int. J. Psychoanal.* (1996) **77**, 1031-1040.

— A concerned critique of psychoanalytic education. *Int. J. Psychoanal.* (2000) **81**, 97-120.

KLEIN, M. (1946): Notes on some schizoid mechanisms, en *The Writings of Melanie Klein*, III, London, Hogarth, pp. 1-24.

MELTZER, D. (1967): *The Psycho-Analytical Process*, Perthshire, Clunie Press.

— (1986a): The Conceptual distinction between Projective Identification (Klein) and Container-contained (Bion), en *Studies in Extended Metapsychology*, Perthshire, Clunie Press, pp. 50-69

— (1986b): What is an emotional experience?, en *Studies in Extended Metapsychology*, Perthshire, Clunie Press, pp. 50-69

— (1992): *The Clastrum*, Perthshire, Clunie Press

MELTZER, D. & HARRIS, M. (1988): *The Apprehension of Beauty*, Perthshire, Clunie Press

SLOTTERDIJK, P. (2002): *El árbol mágico*, Barcelona, Seix Barral.

